



POR LA AUTORA DE
MIL BESOS TUYOS

Tillie Cole

NUESTRA CANCIÓN

CROSS
BOOKS

1

CROMWELL

Brighton, Inglaterra

El antro palpitaba mientras el ritmo que yo vertía sobre la multitud se apoderaba de sus cuerpos. Los brazos ondeaban, las caderas se balanceaban, los ojos brillaban cuando mi música golpeaba sus oídos; las rítmicas pulsaciones controlaban todos sus movimientos. El aire era denso y pegajoso, la ropa se pegaba a la piel de aquellos que trataban de entrar al lugar, ya abarrotado, para oírme.

Observé cómo se iluminaban, coloridos. Observé cómo se perdían en el sonido. Observé cómo olvidaban quiénes habían sido en el día: oficinistas, estudiantes, policías, empleados de atención telefónica, cualquier cosa que hubieran sido. Ahora mismo, en este antro, drogadísimos la mayoría, eran esclavos de mis canciones. Aquí mismo, en este momento, mi música era su vida. Era todo lo que importaba mientras echaban la cabeza hacia atrás en busca de las alturas, casi hasta el nirvana, el cual yo les proporcionaba desde mi sitio en el escenario.

Sin embargo, no sentía nada. Nada que no fuera el aturdimiento que me regalaba la bebida que estaba a mi lado.

Dos brazos se deslizaron alrededor de mi cintura. Un aliento cálido envolvió mi oreja cuando unos labios gruesos me besaron el cuello. Mientras ponía mi última pista, agarré el Jack Daniels que tenía junto a mí y bebí directo de la bo-

tella. Volví a dejarla con un golpe y regresé a mi laptop para mezclar la siguiente canción. Unas manos de uñas afiladas se enredaron en mi cabello, jalando mechones negros. Oprimí las teclas para que la música bajara de volumen, ralentizando el ritmo.

Mi respiración se hizo más larga mientras la multitud esperaba, con los pulmones paralizados, y yo los llevaba a un lento balanceo, preparándolos para el *crescendo*. El aumento épico de pulsaciones y tambores, la locura de la mezcla que les entregaría. Levanté la mirada de la laptop y contemplé a la multitud, sonriendo satisfecho al verlos al borde del precipicio, esperando... esperando... simplemente esperando...

«Ahora».

Bajé la mano de golpe, sosteniendo los audífonos en la oreja izquierda. Una descarga, una nube tormentosa de EDM, cayó sobre la concurrencia. Estallidos de colores neón llenaron el aire. Verdes, azules y rojos inundaron mis ojos al tiempo que envolvían a cada persona como escudos neones.

Las manos apretaron mi cintura, pero las ignoré; en cambio, escuché a la botella, que me llamaba por mi nombre. Di otro trago y mis músculos comenzaron a relajarse. Mis manos bailaban sobre el teclado de la laptop, sobre mis mesas de mezclado.

Levanté la mirada y la muchedumbre seguía en mi poder. Siempre era así.

Una chica en el centro del antro llamó mi atención. Su largo cabello castaño estaba sujeto lejos de su cara. De vestido morado apenas escotado, su atuendo no se parecía al de nadie más. El color que la rodeaba era distinto al de los demás, un rosa pálido con lavanda. Más tranquila, más serena. Fruncí el entrecejo para observarla. Tenía los ojos cerrados, pero no se movía. Estaba quieta y parecía completamente sola, mientras la gente chocaba y se empujaba a su alrededor. Levantaba la cabeza con expresión concentrada.

Aumenté la cadencia, llevando el ritmo y a la gente tan lejos como fuera posible. Pero la chica no se movía. Eso no

me resultaba normal. Siempre tenía a la gente de los antros a mi disposición. Los controlaba en cada lugar donde tocaba. En este terreno yo era el amo. Ellos eran mis marionetas.

Otro trago ardiente bajó por mi garganta. Y durante otras cinco canciones la chica permaneció allí, clavada en su sitio, sorbiendo las pulsaciones como agua. Su gesto nunca cambió. Ni una sonrisa. Nada de euforia. Solo... los ojos cerrados, esa condenada expresión dolida.

Y el rosa y el lavanda rodeándola como un escudo.

—Cromwell —susurró la rubia que tenía encima, como una comezón en mi oreja. Sus dedos me levantaron la camiseta y se atoraron en la cintura de mis jeans. Sus largas uñas se hundieron más abajo. Pero me negaba a apartar la vista de la chica del vestido morado.

Su cabello castaño comenzaba a rizarse; al estar aplastada entre la gente, el sudor surtía efecto. La rubia, que estaba a un paso de masturbarme frente a todo el antro, me bajó la braguita. Tecleé mi siguiente mezcla, sujeté su mano, la aparté de mí y volví a subirme el cierre. Gruñí cuando sus manos volvieron a mi cabello. Miré a mi compañero, que había tocado antes que yo.

—¡Nick! —Señalé las tornamesas—. Vigila esto. Y no lo jodas.

Nick hizo un gesto confundido y, con una sonrisa, miró a la rubia que estaba detrás de mí. Tomó los audífonos y se movió para asegurarse de que la playlist que había preparado sonara a tiempo. Steve, el dueño del antro, siempre ponía a algunas chicas allí atrás. Nunca se lo pedía, pero tampoco las rechazaba. ¿Por qué habría de negarme a una chica dispuesta a todo?

Tomé mi botella de la plataforma mientras los labios de la rubia chocaban con los míos y me jalaba la camiseta sin mangas de Creamfields. Aparté mi boca de la suya y la cambié por la botella de Jack. La rubia me arrastró hasta un rincón oscuro detrás del escenario. Se puso de rodillas y volvió a bajar mi braguita. Cerré los ojos mientras hacía lo suyo.

Me pegué a la botella mientras mi cabeza golpeaba la pared que tenía detrás. Me obligué a sentir algo. Miré hacia abajo, observando aquel cabello rubio que subía y bajaba. Pero el aturdimiento en que vivía cada maldito día hacía que no sintiera prácticamente nada por dentro. Sentí una presión, cada vez mayor, en la base de la columna. Mis muslos se tensaron y entonces se acabó.

La rubia se levantó. Pude ver estrellas en su mirada mientras me observaba.

—Tus ojos. —Estiró un dedo con el que trazó un círculo alrededor de mi ojo—. Qué color más raro tienen. Son de un azul muy oscuro.

Era cierto. Junto con mi cabello negro, siempre atraían la atención. Eso y que yo era uno de los nuevos DJ más destacados de Europa, por supuesto. Bueno, tal vez tenía menos que ver con mis ojos y más con mi nombre, Cromwell Dean, que ese verano engalanaba el sitio de honor en la mayoría de los principales festivales de música y antros.

Me subí el cierre y al voltear vi a Nick tocando mi siguiente mezcla. Me dolió ver que no hacía la transición entre ritmos como yo. Detrás del humo, el fondo en la pista era azul marino.

Yo nunca llegaba al azul marino.

Pasé junto a la chica diciéndole: «Gracias, preciosa», e ignoré su: «Pendejo», pronunciado en un siseo como respuesta. Tomé los audífonos de la cabeza de Nick y me los puse. Unos cuantos tecleos y la multitud de nuevo estaba en mis manos.

Sin darme cuenta, mis ojos dieron con el sitio donde había estado la chica del vestido morado. Pero ya se había ido. También el rosa pálido y el lavanda.

Me pasé otro trago de Jack. Mezclé otra canción. Y entonces me concentré en lo mío.

Sentí la frialdad de la arena bajo los pies. Que fuera el comienzo del verano en Reino Unido no quería decir que el viento

nocturno no te congelara las bolas apenas salías al exterior. Aferrando la botella y los cigarros, me desplomé sobre la arena. Prendí uno y contemplé el cielo oscuro. El teléfono sonó en mi bolsillo... otra vez. Había estado así toda la noche.

Encabronado por tener que mover el brazo, saqué el celular. Tenía tres llamadas perdidas del profesor Lewis. Dos de mi mamá y, por último, un par de mensajes de texto.

MA:

El profesor Lewis ha estado tratando de contactarte. ¿Qué piensas hacer? Por favor, llámame. Sé que estás molesto, pero se trata de tu futuro. Tienes un don, hijo. Tal vez este año sea hora de empezar de nuevo. No lo dejes pasar solo porque estás enojado conmigo.

Me recorrió un golpe ardiente de furia. Quise lanzar el teléfono al puto mar y verlo hundirse hasta el fondo con todas las pendejadas de mi cabeza, pero vi que el profesor Lewis también me había enviado un mensaje.

LEWIS:

La oferta sigue en pie, pero necesito una respuesta la próxima semana. Tengo todo lo necesario para la transferencia, menos tu respuesta. Tienes un talento excepcional, Cromwell. No lo desperdicies. Puedo ayudarte.

Esta vez dejé caer el teléfono junto a mí y volví a hundirme en la arena. Dejé que la nicotina me llenara los pulmones y cerré los ojos. Al hacerlo, escuché una música tranquila que sonaba cerca. Clásica. Mozart.

Mi mente ebria viajó de inmediato a cuando yo era un niño...

«¿Qué escuchas, Cromwell?», preguntó mi padre.

Cerré los ojos y escuché la música. Delante de mis ojos danzaban los colores.

«Piano. Violines. Chelos...». Respiré hondo. «Puedo escuchar rojos, verdes y rosas».

Abrí los ojos y miré a mi padre, sentado en mi cama. Me observaba desde arriba. Hizo un gesto raro.

«¿Escuchas colores?», preguntó. Pero no parecía sorprendido. Me puse muy rojo, escondí la cara bajo el edredón. Mi padre lo apartó para mirarme y me revolvió el cabello. «Eso es bueno», dijo con voz ronca. «Eso es muy bueno...».

Abrí los ojos de golpe. Empezaba a sentir que me dolía la cabeza. Miré la botella en mi mano, mis dedos estaban blancos de apretarle el cuello. Me senté y todo me dio vueltas por la cantidad de whisky que tenía dentro. Me palpitaban las sienes. Me di cuenta de que no era por el Jack, sino por la música que llegaba de la playa. Me aparté el cabello de la cara y miré a la derecha.

Había alguien a unos cuantos metros. Miré con los ojos entrecerrados hacia la noche, que comenzaba a iluminarse; el sol de verano salía más temprano, lo que hacía posible distinguir los rasgos de quienquiera que fuera. Era una chica. Una chica envuelta en una manta. Su teléfono estaba a su lado y un concierto para piano de Mozart apenas audible salía de la bocina.

Debió de sentir que la observaba, porque giró la cabeza. Fruncí el ceño, preguntándome por qué su rostro me parecía conocido, y entonces...

—Eres el DJ —afirmó.

La reconocí. Era la chica del vestido morado.

Se ajustó la manta sobre el cuerpo mientras yo repetía su acento en mi cabeza. Estadounidense. Aposté a que era del suroeste, por lo marcado de su timbre nasal.

Sonaba como mi mamá.

Asomé una sonrisa ante mi silencio. De hecho, no era un gran conversador. En particular cuando tenía la garganta llena de whisky y ningún interés en intercambiar naderías con una chica desconocida a las cuatro de la mañana en una fría playa de Brighton.

—He escuchado sobre ti —continuó.

Mi mirada permaneció fija en el mar. Los barcos navegaban a la distancia, sus luces eran diminutas luciérnagas que subían y bajaban. Solté una risa que no era de alegría. Genial. Otra chica que quería coger con el DJ.

—Bien por ti —murmuré y tomé un trago de whisky, sintiendo cómo la adictiva quemadura bajaba por mi garganta.

Esperaba que se molestara o que al menos desistiera de su intento por hablarme. Mi cabeza no podía soportar más ruido.

—En realidad, no —replicó.

La miré, sus cejas denotaban confusión. Contemplaba el mar con la barbilla descansando en sus brazos, doblados sobre las rodillas. La manta había resbalado de sus hombros, dejando ver el vestido morado que noté desde el escenario. Volteó para mirarme, apoyando una mejilla sobre los brazos. Una onda de calor me recorrió. Era bonita.

—Escuché sobre ti, Cromwell Dean. —Se encogió de hombros—. Decidí comprar un boleto para verte antes de regresar a casa mañana.

Encendí otro cigarro. Arrugó la nariz. Obviamente no le gustaba el olor. Mala suerte. Podía irse; por lo que yo sabía, Inglaterra era un país libre. Se quedó callada.

La descubrí mirándome. Sus ojos cafés estaban entrecerrados, como si me examinaran. Leía en mí algo que yo no quería que nadie supiera.

Nadie me miraba con atención. Nunca les daba la oportunidad. En los antros me la pasaba en el escenario, porque eso mantenía alejados a los demás en la pista, allá abajo, donde en realidad nadie podía verme. La manera en que ahora me miraba me provocó escalofríos.

No necesitaba esa clase de estupidez.

—Ya me la chuparon esta noche, linda. No busco una segunda ronda.

Parpadeó y, aun bajo el sol naciente, pude ver que sus mejillas se sonrojaban.

—Tu música no tiene alma —soltó.

Casi me trago el cigarro. Algo me atravesó el estómago con sus palabras. Me las arreglé para pasármelo hasta que recuperaré mi habitual sensación de aturdimiento. Le di una fumada al cigarro.

—¿Ah, sí? Bueno, qué mal.

—Escuché que en el escenario eras una especie de mesías o algo así. Pero, en conjunto, tu música no es más que pulsos sintéticos y explosiones repetitivas y forzadas de tempo poco original.

Me reí y negué con la cabeza. La chica me miró directo a los ojos.

—Se llama EDM. No es una orquesta de cincuenta instrumentos. —Estiré los brazos hacia delante—. Escuchaste sobre mí, eso dijiste. Ya sabes qué canciones pongo. ¿Qué esperabas? ¿Mozart?

Miré con furia hacia su teléfono, que seguía tocando el estúpido concierto. Me senté, sorprendido por mis palabras. No había hablado tanto con nadie en... No sabía cuánto tiempo. Di una fumada y eché el humo retenido en mi pecho.

—Y apaga eso, ¿quieres? ¿Quién diablos va a escuchar a un DJ y luego viene a una playa a oír música clásica?

La chica me miró enojada, pero apagó la música. Me recosté en la arena fría y cerré los ojos. Escuchaba las olas suaves llegar a la orilla. Sentía la cabeza llena de un verde pálido. La escuché moverse. Recé porque estuviera marchándose. Mi mundo se oscureció mientras el whisky y mi habitual falta de sueño empezaban a pasarme factura.

—¿Qué sientes cuando mezclas tu música? —preguntó.

Me resulta imposible entender que creyera que su pequeña entrevista era una buena idea en ese momento. Sin embargo, para mi sorpresa, me descubrí respondiendo su pregunta.

—No siento.

Abrí un ojo al notar que no decía nada. Me miraba desde arriba. Tenía los ojos cafés más grandes que he visto. Una cola de caballo mantenía su cabello lejos de su cara, sus labios eran gruesos y su piel suave.

—Entonces, ese es el problema. —Sonrió, pero su sonrisa era absolutamente triste. De lástima—. La mejor música es la que se siente. La siente el creador, el que la escucha. Toda ella, desde que se crea hasta que se escucha, debe estar cargada de sentimiento.

Una extraña expresión cruzó su rostro, pero cómo diablos iba a saber yo qué significaba.

Sus palabras eran una navaja en mi pecho. No esperaba un comentario tan duro. Y tampoco el impacto que me había producido en el corazón. Como si hubiera tomado un cuchillo de carnicero y lo hubiera clavado hasta llegar a mi alma.

Mi cuerpo tenía ganas de levantarse y salir corriendo. De arrancar el recuerdo de su evaluación sobre mi música. Pero, en lugar de eso, me obligué a reír y dije:

—Vuelve a casa, pequeña Dorothy. Vuelve allá donde la música significa algo. Donde se siente.

—Dorothy era de Kansas. —Apartó la mirada—. Yo no.

—Entonces vuelve allá de donde vengas —rezongué.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, me acurriqué sobre la arena y cerré los ojos, tratando de bloquear el viento frío, que me pellizcaba y azotaba la piel, y sus palabras, que seguían clavadas en mi corazón.

Nunca dejaba que nada me molestara. Ya no. Solo necesitaba dormir un poco. No quería volver a la casa de mi mamá, en Brighton, y mi departamento en Londres estaba demasiado lejos. Así que esperaba que los policías no me encontraran y me echaran de la playa.

Con los ojos cerrados, concluí:

—Gracias por la crítica de medianoche, pero creo que, como el DJ de más rápido ascenso en Europa, con los mejores antros del mundo rogándome para que toque en sus tornamesas y

todo esto a los diecinueve años, voy a ignorar tu detallado análisis y a seguir con mi encabronadamente dulce vida.

La chica suspiró, pero no añadió nada más.

Lo siguiente que supe fue que la luz del sol me quemaba los párpados. Me encogí mientras los abría. Los graznidos de las gaviotas retumbaban en mi cabeza. Me senté y vi la playa vacía y el sol alto en el cielo. Me pasé las manos por la cara y protesté por la resaca, que empezaba a hacer efecto. El estómago me gruñía, desesperado por un buen desayuno inglés con bastantes tazas de té negro.

Me levanté y algo cayó de mi regazo. A mis pies, sobre la arena, vi una manta. La que había visto junto a la chica estadounidense del vestido morado. Con la que se envolvía la noche anterior.

La levanté y me llegó a la nariz una leve fragancia. Dulce. Adictiva. Miré a mi alrededor. La chica se había ido.

Había dejado la manta. No. Me había cubierto con ella. «Tu música no tiene alma». Sentí un dolor agudo en el estómago al recordar sus palabras, así que las alejé, como hacía con cualquier cosa que me hiciera sentir algo. Las encerré muy adentro.

Entonces me largué a casa.